

Carmen Hernández. Notas biográficas

Autor / Author

CAYUELA CAYUELA, Aquilino

Editorial / Publishing company

BAC, Madrid 2021

El libro que narra la biografía de Carmen Hernández, escrito por el profesor Aquilino Cayuela, guarda de manera exquisita fidelidad a la voz original de una mujer excepcional que se halla en proceso de beatificación.

Aquilino Cayuela (Totana, Murcia, 1967), casado, padre de cuatro hijos. Familia en misión en Berlín desde 2012. Miembro del equipo responsable de profesores y doctores itinerantes del Camino Neocatecumenal. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación y licenciado en Teología, es catedrático de Filosofía Moral y Política y prefecto académico del *Studium Philosophicum-Theologicum* del Seminario Diocesano Redemptoris Mater de Berlín.

Con un ritmo intenso y trepidante, el autor nos muestra la vida de una mujer inquieta, buscadora incansable de la Verdad, fuerte y valiente, que no se dejaba intimidar por nada ni por nadie, con tres amores: Jesucristo, la Iglesia y —después de una experiencia frustrante narrada con delicadeza suprema, como fue su expulsión de las Misioneras de Cristo Jesús— el Camino. Tras el encuentro «fortuito» con Kiko en las barracas, tratando de realizar su llamada misionera con un equipo que le permitiese fundar en Bolivia un grupo de personas para evangelizar, Aquilino nos cuenta que cambia «su proyecto» por el «proyecto de Cristo»: poner a disposición de Kiko todo su bagaje escriturario, biográfico y personal, intuyendo, tras la visita de monseñor Morcillo a las barracas, que este «proyecto» era más ambicioso: renovar el bautismo para toda la Iglesia, con una iniciación cristiana de adultos. Su contumaz clarividencia la impelía a llevar adelante contra viento y marea una serie de lugares teológicos de los que estaba enamorada: importancia del acontecimiento pascual como centro de toda la teología y su relación inextricable con la eucaristía; el «hoy» como modo de vida de un pueblo en éxodo permanente que solo debe buscar dejarse llevar por la voluntad de Dios; la mujer como fuente de la vida y ostentadora de valores únicos e irrenunciables en los tiempos en los que su feminidad decae por influencia de una mimesis rivalizante con el varón; el amor al pueblo de Israel,

a Tierra Santa, y a sus Sagradas Escrituras como fuente de inspiración e intelección del auténtico modo de ser cristiano; la celebración de la Palabra en comunidad como espacio para la escucha de la voz de Dios; la celebración de la confesión y penitencia como una fiesta del perdón individual y comunitario; el aprender a escuchar a Dios en la historia como el Deuteronomio prescribe a Israel.

El subtítulo magistral de Aquilino parte del canto *Ganaré mi reino* inspirado en un poema de Tagore, donde proclama la libertad respecto a las ataduras del dinero, de la familia, del prestigio, que Carmen empezaba a encarnar en grado heroico.

El hilo conductor de su vida es el *Cantar de los Cantares*. Aquilino le presta el altavoz para que sea ella misma la que narre su propia biografía espiritual. Nos cuenta cómo un día, en unos ejercicios espirituales en su juventud, el Amado llamó a su puerta y ella se la abrió. Tuvo un sueño místico estando en Leyre, en unos ejercicios ignacianos en Javier, en el que se estremeció como la amada del *Cantar* y ya no pudo descansar hasta volver con Él al lecho de amor, la alcoba del desposorio. Toda su vida es una búsqueda del Amado, viviendo de esta presencia, de este acontecimiento que la hacía ser fuerte ante la tentación de desistir, ante el dolor de Su ausencia, ante la cruz de cada día. Ante las burlas de los adversarios y convertida en el hazmerreír de los que no han conocido a ese Amante tan especial, la experiencia de la nostalgia la sostendrá toda su vida.

Es un dato importante observar lo que el autor nos deja entrever: la genuina visión que Carmen tenía de la santidad, que nos obliga a una revisión del concepto simplista que a veces tenemos de la santidad. Muchas veces se nos ha presentado un modelo de santidad en clave de ética perfecta, haciendo aparecer a los santos con características edulcoradas de perfección moral. Claro está que Dios concede sus dones y una especial fortaleza a las personas por Él escogidas, pero la historia nos muestra que se trata de otra cosa. La lectura nos invita a cambiar el paradigma de lo que supone un camino de santidad: no tiene que ver — tanto — con una mentalidad segura de sí misma, ni con una idea de intachabilidad o estado de gracia permanente en el sentido estático, sino con una acción de Dios en la historia siempre dinámica, siempre renovada, que toma la fragilidad del hombre al que ama, precisamente por su flaqueza, y lo posee dándole sus propias notas. Aquilino nos presenta a una Carmen verdadera: nos presenta su realidad desnuda, vulnerable, con su mirada siempre atenta a aquello que pueda constituir la voluntad de Dios para ella cada día. Su combate espiritual es una permanente apelación a la ayuda divina para sus imperfecciones, para su mutismo, para sus complejos, para sus momentos de debilidad. Por otra, su vida aparece retratada como un holocausto continuo, aceptado y querido como la única misión a la que Dios la llama. Desde su juventud, la experiencia de ser expulsada de la orden a la que perteneció es relatada en cada encuentro como una vivencia desgarradora, pero como un momento privilegiado de encuentro con el Único. La atención permanente para escrutar en la historia y en los acontecimientos la voz de Dios, y no confundirla con la suya propia, se convierte en un itinerario vital. Lo único que le importa es descansar en los tiempos y la historia que Dios le va marcando.

Reza con los salmos, piensa con la Escritura, recita sus oraciones día y noche, se desahoga siempre con Cristo. Lo llama siempre «amado», en cada uno de sus comentarios o anotaciones

le implora ayuda: por la mañana invoca su nombre, anhela su rostro al despertar queriendo *saciarse de su semblante*, y se despide de Él por la noche diciéndole que le ama, o dándole las «buenas noches». Hasta en su frágil descanso irrumpe en medio de la noche, como una presencia continua, como un confidente, consolándola, apaciguándola, amándola.

Inequívocamente la santidad es entendida como anonadamiento, *kenosis*, desaparecer para que el otro sea, servicio al otro, en este caso al Camino Neocatecumenal y en particular a Kiko Argüello, y, en definitiva, a la Iglesia. Obviamente esto solo puede ser posible con la experiencia pascual. Sin la resurrección de Cristo no sería más que una historia bonita entre otras. Carmen vive personalmente la Resurrección como un acontecimiento fundante que traslada a todos los ámbitos de su vida: desde su profuso estudio, de la mano del padre Pedro Farnés, de la Pascua judía, a su amor por la eucaristía, pasando por la referencia continua a la física (no olvidemos que estudió químicas) de la Transfiguración.

Para la santidad la oración es una necesidad. Carmen desde muy joven fue una mujer piadosa, que se deleitaba en la eucaristía, en la oración contemplativa, y en el devocionario, luego el Salterio, y siempre en las Sagradas Escrituras. El profesor Cayuela hace un recorrido exhaustivo por su infancia y nos muestra su piedad incontrovertible con múltiples testimonios. Todos sus libros de oración, la Biblia, han quedado desgastados y llenos de anotaciones, porque la oración en Carmen era un combate diario y permanente: utiliza el lenguaje de la lucha e incluso, cuando tiene momentos de paz, habla de *tregua*.

Se constata una permanente lamentación de su *pequeñez*, de su ignorancia, de su «nada», de su pobre contribución a la evangelización, pero no desesperada, porque siempre acaba con una recitación de jaculatorias casi idénticas, su oración continua: *Jesús mío, te amo...*, dotando de sentido escatológico su no-ser.

Su vida es un salmo encarnado en una historia viva llena de acontecimientos de muerte y alegría, salpicados por horas de intensa oración y contemplación.

Sigue a Cristo con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus escasas fuerzas. Se ve claro en esta «joven» de origen acomodado, joven afortunada del siglo xx, que acepta la llamada que rechazó el joven rico: «Si quieres ser perfecta, sígueme» (Mt, 19, 21). La consecuencia de este seguimiento y de este *hoy*, desde la llamada del Amado, es la libertad. Ya no carga con el peso de sus decisiones, sino que sigue los pasos que le marca el Otro, dotándola de una libertad escandalosa por lo inusitado. Carmen había interiorizado Juan 19:30 y Hebreos 5:9. Se es perfecto dejándose inmolar. Carmen se inmola en la evangelización, en acatar la nada, en seguir sin resistirse. Kiko mismo, en la introducción del libro, hablará de la Carmen inmolada para servir en el altar sacrificial a la iniciación cristiana de adultos que el Señor les iba inspirando día a día sin planes preconcebidos. La perfección de la santidad consiste en no admitir otro culto u otro dios que no sea Dios mismo, y que se expresa en un servicio desinteresado a Él. Un corazón unido perfectamente a la Palabra de Dios, y siguiendo la misión recibida del Padre, en obediencia al Espíritu, contra su voluntad, poniéndola en práctica. Lo que le pedía el Tentador era abandonar a Kiko y el Camino y crear su propio método de evangelizar, pues no quería otra cosa. Jesucristo fue el modelo que va a seguir: crucificada contra su voluntad por

amor al Padre. Entendía que la misión de implementar las propuestas del Concilio pasaban por renunciar a su propio proyecto y abrazar el que Dios le iba marcando desde que se encontró con Kiko en las barracas de Palomeras. Aquilino nos deja entrever el choque de caracteres, fuertes y dispares, con ideas y formación tan distinta; estaban siendo llamados a una comunión demandada desde lo alto: colaborar contra su voluntad en un itinerario que les superaba a ambos.

La libertad y el carisma de Carmen es un signo de este modelo de santidad. Ya monseñor Olaechea, obispo de Valencia y fundador de la orden a la que Carmen perteneció, cuando la defendía de los ataques de sus superiores, la describe como «salvajemente franca». Esa libertad para hablar y defender la verdad, se pensase lo que se pensase de ella, en un mundo tendente a las medias tintas y a la hipocresía, nos habla de santidad, más allá de querer caer bien, o de edulcorar las cosas, su amor a la Iglesia y a Jesucristo la lleva a la *imitatio Christi* en este sentido de radicalidad en relación con la verdad, la libertad y la autenticidad.

Carmen no murió en 2015, sino el día en que decidió anularse en sus proyectos religiosos para seguir los caminos de la fe que Dios le trazaba en las barracas a través del Camino Neocatecumenal.

La lectura nos lleva de combate en combate. Su lucha consistía en implantar la impronta del Concilio, tratar de que no se confundiese «Camino» con «Movimiento», no por buscar la singularidad soberbia del Camino, sino porque pensaba en el neocatecumenado como en un bien espiritual para toda la Iglesia, no para un grupo selecto de miembros: redescubrir las semillas del bautismo no regadas, no podadas, no cuidadas, para llevarlas a dar su fruto.

Fue la viva encarnación del *kerigma*. En el plan de Dios le tocó hacer real lo que tantas veces decían ambos: «vivir para sí mismo es el verdadero infierno», morir calladamente, para que otros vivan es a lo que el cristiano adulto está llamado: «vida oculta en Cristo, aspirando solo a las cosas del cielo» (Col 3,1-4). ■

BARAHONA, Ángel

Universidad Francisco de Vitoria